

# LEIF GW PERSSON

OTRO TIEMPO, OTRA VIDA



El autor que leía Stieg Larsson

En otro tiempo, otra vida, la fuerza del relato nace de la maestría de Persson por combinar elementos reales y unos personajes magistralmente creados. A partir de la ocupación de la embajada de Alemania Occidental en Estocolmo en 1975 por simpatizantes de Baader-Meinhof, Leif G. W. Persson teje una trama impecable de secretos inexplicables, retratando una sociedad enferma de corrupción política y policía. El argumento de la novela se extiende a lo largo de veinticinco años, y sus protagonistas son Bo Jarnebring, detective policial de la vieja escuela y su colega Anna Holt, joven y brillante agente. Poco a poco, Jarnebring y Holt descubrirán una increíble conspiración que alcanza hasta las bases más sólidas y respetadas de la sociedad sueca. Leif G. W. Persson es uno de los grandes maestros escandinavos de la novela negra. Durante más de tres décadas ha retratado los cambios que han operado en la sociedad moderna a través de sus oscuras novelas, sin perder el sentido del humor.

A Mikael y Björnen

¿Que sentido tiene advertir a quien no se puede defender?

**El profesor**

# PRIMERA PARTE

---

## Otro tiempo

## I

El jueves 24 de abril de 1975 la muerte llegó en horas de oficina y, por falta de costumbre, por sorpresa tanto para las mujeres como para los hombres. Dejemos de lado que los hombres estuvieran también esta vez en considerable mayoría. Iba vestida con estilo y elegancia y al principio se había comportado de manera amable y cortés. Tampoco era una casualidad que incluso el embajador se hallara en su puesto de trabajo, lo cual quedaba muy lejos de ser habitual. Al contrario, era el resultado de una planificación meticulosa y una parte esencial del objetivo en sí.

La embajada de la República Federal Alemana en Suecia está en el barrio de Djurgården, en el centro de Estocolmo, y allí lleva en pie desde comienzos de los sesenta. En la esquina noreste de la zona conocida con el nombre de la Ciudad Diplomática, con la central de Radiotelevisión y la embajada noruega como vecinos más cercanos, y difícilmente podrá ser más distinguida si nos referimos a las direcciones de Estocolmo. Sin embargo, la sede de la embajada no tiene una historia destacable. Una triste y simple caja de cemento de estilo funcional de los años sesenta, tres plantas y más de dos mil metros cuadrados de superficie de oficinas con la entrada en la planta baja de la fachada norte y lejos del emplazamiento del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, de mucho más prestigio.

El tiempo tampoco era algo de qué pavonearse el día aquel en el que la muerte vino de visita. Típica primavera sueca con viento, chubascos ininterrumpidos bajo un cielo

de color estaño y apenas algunas vagas promesas de mejor tiempo y más caluroso. Pero para la muerte eran condiciones ideales y lo mejor de todo era la práctica inexistencia de seguridad en la embajada. Un edificio fácil de acceder y de defender, pero difícil de asaltar y un clima que la parte contraria en cualquier caso no podría usar como argumento cuando llegase la hora de salir de allí. Lo mejor de todo: un vigilante solo y bastante acabado en una recepción donde las cristalerías de la puerta de seguridad se podían forzar, en el peor de los casos, directamente con la mano.

En algún momento entre las once y cuarto y las once y media de la mañana comenzaron a pasar cosas, y que no se pudiera fijar una hora más exacta que ésta se debe también a la mala seguridad. En cualquier caso, en el transcurso de unos minutos llegaron seis visitantes en tres grupos de dos personas cada uno, jóvenes de entre veinte y treinta años, todos ciudadanos alemanes, por supuesto, y todos querían ayuda con cosas diferentes.

En su país de origen eran personas conocidas. Sus retratos y señas de identidad estaban en millares de pósteres «buscados» por toda Alemania Occidental. En las terminales aéreas, estaciones de tren y autocar, bancos, oficinas de correos y, en general, en todos los locales públicos o espacios en los que hubiese sitio disponible en la pared, estaban también sus caras. Estaban incluso en la embajada de Estocolmo, entre otros, en una carpeta que se guardaba en un cajón de escritorio en la recepción —a saber qué pintaba allí—; pero cuando aparecieron no hubo nadie que los reconociera y los nombres con los que un par de ellos se presentaron no eran los de verdad.

Primero entraron dos hombres jóvenes que pedían consejo para un asunto de herencia que implicaba tanto condiciones suecas como alemanas, y que no se trataba de una historia sencilla se deducía, si no por otra cosa, por el abultado portafolio que uno de ellos acarreaba. El guardia de la recepción les explicó dónde podrían encontrar al funciona-

rio con el que debían hablar y los dejó entrar en la embajada.

Poco después llegó una pareja joven que quería renovar sus pasaportes. Un asunto de rutina típica, uno de los más habituales que se tenían en la embajada, y la joven mujer sonrió amablemente al guardia cuando éste les abrió la puerta a ella y a su acompañante.

Pero después se hizo más complicado, porque entonces aparecieron dos hombres jóvenes que habían venido a conseguir un permiso de trabajo en Suecia. El guardia les explicó que eso no era asunto de la embajada, sino una cuestión de las autoridades suecas, pero en lugar de hacerle caso siguieron insistiendo. Uno de ellos incluso se mostró inflexible cuando no les quiso dejar entrar, pero mientras estaban allí discutiendo llegó uno de los trabajadores de la embajada que se iba a almorzar al centro y, cuando salió, los dos simplemente aprovecharon para colarse y enseguida desaparecieron por la escalera que llevaba a los pisos superiores, haciendo caso omiso del guardia, a pesar de que éste les gritaba que volvieran.

Después todo había ido muy rápido. Los seis se reunieron en el rellano de la escalera delante de la sección consular de la primera planta, se pusieron capuchas de atracadores y sacaron pistolas, metralletas y granadas de mano. Después vaciaron los locales de visitantes y personal innecesario. Unas ráfagas introductorias contra el techo con las que saltaron las revocaduras fueron más que suficientes para que la mayoría huyese en desbandada hasta la calle, y a los doce empleados que se quedaron los reunieron y los metieron a empujones en la biblioteca del primer piso. Con precisión militar y sin desperdiciar tiempo en amabilidades.

A las once y cuarenta y siete saltó la primera alarma de «disparos en la embajada de Alemania Occidental» en la central de la policía de Estocolmo y se desplegaron todas las fuerzas. Fuerzas del orden, policía criminal de la Unidad



Central de Investigación y los cuerpos de seguridad, todo el personal que se pudo conseguir fue enviado allí; con luces azules, sirenas y neumáticos chirriando hacia la embajada de Alemania Occidental en el barrio de Djurgården y el motivo de la alarma ya está bien claro, seguramente. La embajada de Alemania Occidental ha sido ocupada por terroristas. Están armados y son peligrosos. Todos los policías son instados a tomar las mayores precauciones posibles.

El primero en llegar fue un coche patrulla del distrito de vigilancia de Östermalm, y que llegara a las once y cuarenta y seis según el informe entregado no dependía de que el mando de la patrulla fuera clarividente, sino que su reloj iba dos minutos atrasado cuando anotó la hora y, por lo que pasó después, era un error fácil de soportar.

Ya a las doce y media, después de más de cuarenta minutos, la policía había rodeado la embajada, asegurado el sótano y las primeras plantas dentro del edificio, levantado cordones policiales por toda la zona alrededor de la embajada para mantener alejadas las crecientes hordas de periodistas y curiosos habituales, establecido una central de mando provisional en el lugar, y había empezado a poner orden en la comunicación por radio y teléfono entre la central, la embajada y la Secretaría de Estado. El jefe de la unidad de delitos con violencia que iba a dirigir la operación estaba en su sitio y, por lo que se refería a él y a sus compañeros, estaban todos preparados para empezar.

Los seis jóvenes dentro de la embajada tampoco habían estado de brazos cruzados. Los doce empleados rehenes, incluido el mismo embajador, habían sido llevados de la biblioteca a la oficina del embajador en la esquina sureste de la última planta del edificio y tan lejos de la entrada como era posible. Algunas de las empleadas habían tenido que ayudar a llenar de agua las papeleras y taponar los lavabos y los retretes con toallitas de papel para prevenir un temido ataque con gas a través del sistema de aguas. Dos de los terroristas preparaban cargas explosivas en puntos estratégicos.

gicos mientras los demás vigilaban a los rehenes y la puerta que daba a la escalera. Y con todo esto acabaron más o menos a la vez que sus adversarios.

Fueron los terroristas los que movieron ficha y empezaron con un simple e inequívoco requisito. Si la policía no salía de la sede de la embajada inmediatamente, matarían de un tiro a uno de los rehenes. El jefe de la unidad de delitos con violencia no era un hombre que se alterara sin necesidad y su confianza en sí mismo era grande, por no decir ilimitada. Además, había participado en el robo de Norrmalmstorg un año y medio antes y allí había aprendido que si se les daba tiempo suficiente a los delincuentes para que llegaran a conocer a sus rehenes podían surgir sentimientos de unión de lo más singulares entre unos y otros, al mismo tiempo que se reducía notablemente el riesgo de violencia. Este mecanismo humano tan interesante incluso se había ganado un nombre especial, el síndrome de Estocolmo, y en el torbellino general de la psicología nadie había tenido tiempo de dedicarle un pensamiento al tamaño de su base empírica.

El jefe de la operación creyó por eso que tenía suficiente carga científica cuando hizo saber que había anotado sus peticiones y que estaba dispuesto a hablar del asunto. Sin embargo, quedó claro que la parte contraria negociaba con maneras diferentes y más duras, porque tan sólo un par de minutos más tarde sonó un disparo en la planta superior de la embajada. Luego se abrió la puerta del pasillo de arriba y el cuerpo sangriento y sin vida del agregado militar alemán fue arrojado a la escalera, quedándose en el rellano intermedio. Y cuando aquello estuvo listo contactaron de nuevo.

El requisito seguía en pie. Si querían ir a buscar el cadáver podían hacerlo, dando por sentado que, como máximo, los dos policías que lo hicieran llevaran puestos sólo los calzoncillos. Y si no querían ir a buscar más muertos debían abandonar de inmediato el edificio. «Qué personas tan tre-

mendamente grises», pensó el jefe de la operación mientras tomaba sus decisiones operativas para situaciones difíciles.

Evidentemente, iban a abandonar el edificio. Obviamente, iban a procurar retirar el cuerpo. Claro que sí, y ya estaban en marcha.

Después, se había puesto en contacto por radio con el comisario de la unidad de investigación que dirigía las fuerzas dentro del edificio y le había pedido tres cosas. En primer lugar, que mandara salir del edificio a una cantidad adecuada y bien visible de compañeros; en segundo lugar, que procurara que los que quedaban dentro se reagruparan en el sótano; en tercer y último lugar, que designara a dos voluntarios que estuvieran dispuestos a realizar el servicio de ambulancia sólo en calzones.

El asistente de la policía criminal, Bo Jarnebring, de la unidad de investigación fue uno de los primeros que, con el arma empuñada, corazón caliente y cabeza fría, había entrado a la carrera en el edificio de la embajada, y fue también el primero en presentarse voluntario. Su jefe sólo había negado con la cabeza. Incluso un Jarnebring casi desnudo era una figura demasiado atemorizante como para mostrarse en esta fase inicial tan delicada. En lugar de él, la misión le fue encomendada a dos de sus compañeros mayores que tenían un aspecto un tanto más jovial y redondeado, mientras Jarnebring y otros dos del mismo talante tratarían de asegurar el transporte de la camilla y abrir fuego hacia el pasillo superior en caso de necesidad.

En realidad, era verdad que esto le pegaba mucho más a Jarnebring, que rápidamente se arrastró escaleras arriba y se colocó en su puesto. Sus dos compañeros lograron, con cierta dificultad, levantar el cuerpo ensangrentado y sin vida para ponerlo sobre la camilla que iban empujando. No era tarea fácil estando acurrucado en el suelo en unas escaleras, pero lo consiguieron y, después, empezaron a deslizarse con mucho cuidado escaleras abajo arrastrando la ca-

milla mientras Jarnebring mantenía el punto de mira de su arma de servicio fijo en la puerta del pasillo de arriba... y es más o menos en ese instante cuando se le forma el recuerdo que le perdurará toda la vida de la ocupación terrorista de la embajada de Alemania Occidental en Estocolmo. El olor a teléfono quemado.

De pronto vislumbró el cañón de un arma automática en la ranura de la puerta y en el mismo momento en que trataba de cambiar de posición para poder tener contacto directo con el que estaba sujetando el arma, vio las llamas en la boca del cañón, oyó las detonaciones retumbar en el estrecho recibidor y los proyectiles que rebotaban y zumbaban como avispas enfurecidas alrededor de sus orejas. Pero era su nariz lo que recordaba mejor, el olor a teléfono quemado, y no fue hasta el día siguiente, cuando él y algunos de los otros volvieron al devastado lugar para ayudar a limpiar, cuando le quedó claro el motivo de su recuerdo. El pasamanos de la barandilla de la escalera estaba cubierto de baquelita negra y a apenas medio metro por encima de donde estaba su cabeza, la bala de un arma automática había grabado una línea de un metro de largo en la barandilla.

La policía sueca, sencillamente, carecía de equipamiento y de preparación para este tipo de acciones, tanto para los que se habían escondido en el sótano de la embajada como, aún en mayor grado, para los que estaban actuando desde la calle. Por lo demás, era algo totalmente natural si se tiene en cuenta que la experiencia práctica del cuerpo reunida se limitaba, siendo generoso, a tres sucesos similares. La muerte del embajador yugoslavo en Estocolmo en abril de 1971, el secuestro de un avión en Bulltofta, en las afueras de Malmö, en septiembre de 1972, y el llamado robo de Norrmalmstorg en Estocolmo en agosto de 1973. Aquella vez, un ladrón sueco normal y corriente tomó como rehenes a los empleados de un banco para así liberar al ladrón de bancos más valorado por los medios de comunica-

ción de la prisión en la que estaba. Tanto el secuestro del avión como el robo de Norrmalmstorg habían acabado bien, en el sentido de que nadie había muerto, pero al parecer ahora regían otras reglas de juego, porque después de tan sólo una hora, el jefe de la operación cargaba con un muerto a la espalda y eso no le gustaba nada.

Por eso había decidido cambiar de táctica y permanecer tranquilo, muy tranquilo, tan tranquilo como le era posible y, si no por otra cosa, por darle al síndrome de Estocolmo una segunda oportunidad de causar un efecto total. En el fondo, dado que él era una buena persona, le costaba deshacerse de esa idea. Por eso, a medida que avanzaba la tarde, dejó que sus fuerzas realizaran la variante del erizo sueco mientras él básicamente habló por teléfono con su propio grupo directivo, con gente de la dirección de la Policía Nacional, con representantes del gobierno y del Ministerio de Justicia, en general con todos y cada uno de los que habían conseguido ponerse en contacto con él.

Bien entrada la tarde, dos compañeros de la policía de seguridad de la policía alemana habían aparecido en su centro de mando provisional. Tras una breve descripción de la situación le habían dejado para que se formara su propia idea y tan sólo un cuarto de hora más tarde apareció un inspector de las fuerzas de intervención pública sin aliento para informarle de que «los alemanes de los cojones» estaban regalando revólveres militares de gran calibre a sus compañeros suecos. Para que tuvieran «mejores herramientas que la mierda de pistola Walter a las que poder agarrarse cuando la cosa se pusiera seria». El jefe de la operación había suspirado y le había dicho que interrumpiera lo antes posible esas «actividades filantrópicas» y que se encargara de que los obsequios repartidos fueran recogidos.

—Si no, los chavales de la Científica se pondrán como locos con nosotros —añadió amistosa y pedagógicamente. Porque, independientemente de cómo les fuera allí dentro, al final habría una investigación criminal científica en el lu-

gar del crimen y gran parte de ella se basaría en asignar casquillos disparados al arma correcta. Lo sabía mejor que nadie, casi, después de haberle dedicado más de veinte años de su vida a resolver importantes crímenes de violencia.

En cualquier caso, el enemigo dentro de la embajada no había expresado un desagrado explícito respecto al nuevo plan táctico del mando policial. Habían estado muy ocupados controlando la situación a la vez que negociaban con su propio gobierno y con el sueco los requisitos que habían sido impuestos. Liberación inmediata de 26 compañeros de las prisiones alemanas, entre ellos los dirigentes del grupo Baader-Meinhof. Transporte en avión a un país amistoso de acogida, más el envío de veinte mil dólares por cada uno de los liberados. Si no se cumplían sus requisitos empezarían a matar rehenes, uno a la hora empezando a las diez de la noche, y no era más complicado que eso.

Horas de espera sin que nada especial tuviera lugar y mientras el reloj avanzaba hacia las diez se decidieron, a falta de algo mejor, porque no lo había en el mundo físico, por acelerar los preparativos para un ataque de gas lacrimógeno que se estaba considerando desde hacía unas horas.

El reloj llegó a marcar las diez y cuarto antes de que el gobierno alemán en Bonn, a través del gobierno sueco en Estocolmo, finalmente decidiera contactar con los terroristas en la embajada en Estocolmo. En una situación como aquélla, en la que gran parte de la táctica policial consistía en alargar el tiempo constantemente, era un retraso de lo más normal y hasta el momento tampoco había sucedido nada. Pero sólo unos minutos más tarde alguien de allí dentro debía de haberse cansado, había ido a buscar al agregado de comercio de la embajada, lo había colocado delante una ventana y le había disparado por detrás.

Uno de los ojeadores de la policía, bien situado en lo que llamaban nidal en una embajada contigua, había visto cómo asesinaban al agregado de comercio y cuando informó de sus observaciones —«parece ser que le han disparado en la espalda o en la nuca»—, el jefe de la operación se había sentido repentinamente desalentado. Los efectos del síndrome de Estocolmo, aquel cigarro puro rico y reconfortante, parecían más lejanos que nunca. Menos de diez horas y ya habían matado a dos rehenes.

Pero un rato más tarde empezó a tener esperanzas de nuevo. El reloj había dado las once sin que hubieran disparado a nadie más y sólo unos minutos más tarde los terroristas de la embajada habían soltado de repente a tres secretarías tomadas como rehenes. Un rayo de esperanza en la espesa oscuridad de abril y... a lo mejor sí, pensó el jefe de la operación, porque otro ataque con gas lacrimógeno tampoco era algo que estuviera deseando hacer. Sólo podía terminar con más desgracias aún. Al mismo tiempo se tenía un buen conocimiento de cuántos rehenes había. Un grupo que se iba reduciendo rápidamente y que no duraría más que hasta primera hora de la mañana si es que los terroristas cumplían con su promesa de ejecutar a uno cada hora.

La liberación llegó un cuarto de hora antes de medianoche. El jefe de la operación había dejado el insignificante barracón en el que había establecido su central de mando provisional para, al fin, poder estirar las piernas, respirar un poco de aire fresco y fumar otro cigarrillo. Primero vio el destello de luz de la sede de la embajada, luego sintió el temblor de la cuesta bajo sus pies y después de aquello oyó la serie de explosiones. Las nubes de esquirlas de vidrio, material de construcción, humo de incendio y, por último, los gritos de las personas dentro del edificio. Personas que salían por las ventanas, se lanzaban, saltaban, trepaban por la fachada, se tropezaban, caían, se levantaban de nuevo o se quedaban tumbadas. Era así como lo recordaba